

Monográfico Enseñanzas Artísticas

Democracia y Enseñanzas Artísticas

Víctor Pliego de Andrés

Catedrático del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid Representante por CCOO en el Consejo Superior de Enseñanzas Artísticas (Sector profesorado)

ALGUNAS VECES HE OÍDO DECIR QUE UNA ORQUESTA ES UNA DICTADURA EN LA CUAL NO CABE LA DEMOCRACIA; pues, para que suene bien y no sea un caos, todos los músicos se han de someter a la autoridad del director. Norman Lebrecht descubrió que el mito del maestro se forjó durante el III Reich. Hoy en día, la dirección de orquesta sigue siendo un modelo de liderazgo al que apelan algunas escuelas de negocios y sectores empresariales. Ocasionalmente, también lo hace la publicidad. Es cierto que, a veces, el autoritarismo y la prepotencia están presentes en algunos estilos de dirección musical, cinematográfica, artística, coreográfica o teatral. Si bien antes se consideraban rasgos de genialidad, hoy son todo lo contrario y esas actitudes resultan reprobables. El ejercicio del poder es actualmente más sutil.

La democracia se funda en la conquista de unos derechos sociales y personales, pero también en unos valores comunes sin los cuales aquellos no tienen sentido. No se trata únicamente de participar votando: es imprescindible compartir principios como la empatía, la solidaridad, la tolerancia, la convivencia, la pluralidad, la justicia, la participación, la responsabilidad, la paz, la honestidad, la libertad, el bien común o la racionalidad. Y estos ideales son objeto constante de una despiadada ofensiva por quienes legitiman su avaricia normalizando los opuestos: el interés particular, la insolidaridad, la fuerza, la guerra, la desigualdad, la intolerancia, la manipulación, la mentira o la injusticia. Lo hacen disfrazando sus intenciones con términos biensonantes como libertad, competitividad, emprendimiento, esfuerzo, mérito, excelencia, calidad, empleabilidad o filantropía. Han secuestrado exitosamente esas palabras para enmascarar lo contrario de lo que predicán.

Bienhechores o perversos

Podemos preguntarnos en qué medida contribuyen las artes a la transmisión de unos valores u otros. Desde la Antigua Grecia hay una extensa literatura sobre el valor moral de las artes, interpretada y transmitida posteriormente a través del Neoplatonismo. Esta doctrina considera que las artes tienen que someterse a alguna regulación, dado que pueden producir efectos bienhechores o perversos. Desde antiguo existen prohibiciones y recomendaciones sobre qué modos debe emplear la música, especialmente aquella destinada a la juventud, y sobre qué literatura o ejemplos utilizar en las escuelas.

Las artes pueden generar un espacio de participación, cooperación, empatía, tolerancia, pluralidad y responsabilidad, pero también de lo contrario: pueden ser un vehículo de alienación, manipulación y fanatismo. Algo parecido ocurre con el deporte. Una cosa son los hermosos principios de la deportividad y otra muy distinta las banderas que agitan las masas y las hinchadas. Podemos decir que las artes y el deporte son actividades fascinantes, que pueden desembocar en escenarios antagónicos. La tecnología puede ser, de igual forma, tan benefactora como destructiva. Sin ir más lejos, una pie-

dra puede convertirse en una escultura como la Venus de Willendorf o en un instrumento de tortura y lapidación: así ejecutaron a Hipatia. El giro en una u otra dirección no depende tanto de censuras y coacciones, sino de la madurez y desarrollo moral de la sociedad. En este sentido, la educación pública es un poderoso recurso para edificar un mundo distinto al que imponen las oligarquías.

En la educación de las élites, diseñada para formar a las clases dirigentes, las artes ocupan un lugar fijo, pero subsidiario. Son un símbolo imprescindible de estatus y un adorno cotizado. Atienden a un modelo academicista, poco abierto a la diversidad, a la creatividad o a la subversión. Reproducen cómodamente los valores del neoliberalismo, los usos del poder, y plasman los gustos de la alta burguesía a través de lo que se considera la “alta cultura europea”. Si en algún momento del pasado hubo obras y artistas con algún contenido subversivo o incómodo, su descontextualización ha ido borrando ese rasgo con el paso del tiempo.

Han secuestrado exitosamente esas palabras para enmascarar lo contrario de lo que predicán

Las enseñanzas artísticas especializadas constituyen un universo singular y reducido. Su objeto es formar el personal técnico y productor que la “cultura europea” requiere para perpetuarse. Por su razón de ser, asume dócil e inconscientemente los valores que aquella envuelve. Recluta personas altamente motivadas, que se dedican al arte hasta rozar el sacrificio. Esa vocación, esa llamada, se concibe antes como una identidad que como un oficio. Sus huestes se alimentan de artistas y no tanto de personas que se sientan parte de la fuerza del trabajo o de la sociedad en general. En consecuencia, forman una comunidad que vive de espaldas al mundo y que, en general, no converge con las aspiraciones democráticas de otros grupos. Por eso, este grupo muestra, salvo excepciones, una escasa conciencia política. La inspiración artística se suele entender, siguiendo el pensamiento romántico de hace dos siglos, como una manifestación radicalmente individualista y libre, que percibe cualquier influencia externa, incluyendo el compromiso social, como una adulteración de sus esencias. Es un campo abonado para la proliferación del individualismo, el corporativismo y el elitismo fundado en la idea del talento personal. La posibilidad de éxito, fama y dinero responde a la fantasía neoliberal y genera una esclavitud voluntaria que termina por ser fuente de frustraciones para la mayoría.

Arte y totalitarismos

Las artes han sido utilizadas a lo largo de los siglos por las religiones y por los imperios. Los totalitarismos del siglo XX utilizaron eficazmente su puesta en escena con banderas, coreografías, uniformes, músicas e imágenes como fórmula magistral para imponer modelos homogéneos y excluyentes. La publicidad utiliza hoy parecidos mecanismos de persuasión basados en la mercadotecnia, la psicología de masas o la neurociencia. Su carácter invasivo, manipulador e incluso adictivo preserva frecuentemente gestos clasistas, reaccionarios y machistas. A pesar de su semejanza con la propaganda, las artes, en relación con las ideologías, son como el arroz: combinan bien con todo.

Cuando la creación pretende estar al margen de la política, acaba indefensa, al albur de los códigos que imprimen las élites y a cuya sombra se suele cobijar. Las artes sin aparentemente ideología están bajo la influencia del poder, que invade todo resquicio a su alcance. La pretendida neutralidad del arte es el artificio con el que se oculta el pensamiento único. El adagio que reza “laissez faire et laissez passer, le monde va de lui même” deja las barreras abiertas a todo tipo de abusos. Gabriel Celaya lo expresa en sus versos, cantados por Paco Ibáñez: “Maldigo la poesía concebida como un

lujo / cultural por los neutrales / que, lavándose las manos, se desentienden y evaden. / Maldigo la poesía que no toma partido hasta mancharse” (*Cantos íberos*, 1955). El poema se titula *La poesía es un arma cargada de futuro*.

En la educación de las élites, diseñada para formar a las clases dirigentes, las artes ocupan un lugar fijo, pero subsidiario

Arte y valores humanos

El arte fomenta por sí mismo grandes valores humanos: sensibilidad, creatividad, comunicación, salud, crecimiento personal y social; genera espacios de búsqueda, diálogo, encuentro y libertad; ayuda a explorar y a descubrir la identidad personal y ajena; estimula el desarrollo emocional. La actividad artística nos compromete como personas desde lo más hondo, en planos emocionales, intelectuales y físicos. En caso de no hacerlo, tal vez debería llamarse de otra forma. Por todo eso, la inspiración, la expresión y la emoción se entremezclan con el goce, la reflexión y la responsabilidad. Considerar arte y política como esferas inconciliables es, en sí misma, una opción ideológica, si bien existe una evidente brecha entre el esfuerzo y la relajación que los estrategas de la manipulación utilizan en su provecho, empujando a las masas hacia la vereda más cómoda. Pero, a poco que alcemos la mirada, encontramos ejemplos variados de arte y artistas que militan en todas las direcciones. Tener conciencia de la carga ideológica que las artes encierran significa verlas desde una perspectiva plural y realista. Significa sentir las, entenderlas y valorarlas.

La escuela pública tiene muchos capítulos pendientes en España y entre ellos está la plena incorporación de las enseñanzas artísticas al currículo, junto a los valores democráticos que puede alimentar. Sus principios no se pueden dejar libremente expuestos a la inclemencia de los medios y mercados que los devoran en un parpadeo. Hay que consensuar, asumir y defender activamente el pensamiento que transforma las piedras en arte y no en armas, para crecer como personas plenas y no solo como personas posibles. La clave está, como siempre, en una enseñanza pública democrática, activa, plural, diversa, inclusiva y necesariamente creativa.

La obsesión por los contenidos y los resultados estandarizados destierra las artes y todo aquello que no sirve al totalitarismo. La lucha por espacio en los planes de estudios ilustra a la perfección la mezquindad de algunos debates. El lugar de las actividades artísticas y de los valores democráticos debería ser central, impregnando el conjunto de las actividades formativas. Ello requiere un profesorado entrenado e implicado con su misión y su contribución al bien general. Esta pieza clave solo se obtendrá invirtiendo más tiempo, esfuerzo y voluntad. A la vista de la barbarie que despunta por el horizonte, es perentorio ponerse manos a la obra. Es un sueño, una aspiración que requiere el apoyo de una comunidad madura y comprometida con la educación, la cultura, las artes, la democracia y el bien común. Porque, como decía Emily Dickinson, “para hacer una pradera es necesario un trébol y una abeja. Y un ensueño; bastará con el ensueño si las abejas son pocas”¹.

A pesar de su semejanza con la propaganda, las artes, en relación con las ideologías, son como el arroz: combinan bien con todo

1 “To make a prairie it takes a clover and one bee, One clover, and a bee. And revery. The revery alone will do If the bees are few”.